

## III

Desde hacía algunos días la cuestión del abandono del gran ducado ocupaba á la prensa y constituía el tema de las conversaciones de los diplomáticos. La curiosidad estaba vivamente excitada, no á causa del territorio, que era muy exiguo y modesto, sino porque iba á ofrecerse la ocasión de apreciar las disposiciones recíprocas de Francia y de Prusia; y no faltaron desde un principio pronósticos un tanto sombríos. De todos los observadores de la política el más previsor fué el Sr. de Beust, quien, en una carta particular dirigida en 22 de marzo al Sr. de Metternich, procuró demostrar que si Bismarck tenía ideas poco pacíficas, el terreno en que se aventuraba Francia era el mejor que aquél pudiera desear.

Sin embargo, en el primer momento no parecía que la modesta cuestión del Luxemburgo hubiera de revestir un aspecto trágico. Cuando en 26 de marzo le hizo el rey gran duque la primera confidencia, Bismarck no disimuló su contrariedad y repitió que le ponían en un compromiso y que todo se echaba á perder, pero no dejó adivinar más que un simple fastidio, una sencilla complicación sin consecuencias demasiado graves. «El rey de los Países Bajos, dijo familiarmente, tiene edad suficiente para saber lo que ha de hacer;» y habiendo sido luego solicitado su consejo, respondió que no tenía ningún consejo que dar. El 27 de marzo hubo recepción de gala en los salones del primer ministro, el cual se presentó á sus invitados con semblante completamente tranquilo y sin que en él se transparentara la menor inquietud; pero una sola frase reveló en él una preocupación inusitada. Iba á inaugurarse la Exposición universal y entre los soberanos que habían de visitarla citábase ya al rey de Prusia. El presidente del consejo, durante aquella recepción, acercóse al Sr. Benedetti y con singular acento le dijo: «¿Sabéis qué es lo que dicen en San Petersburgo? Que la cuestión de la cesión del Luxemburgo podría ser un obstáculo al viaje del rey á París.»

En los días siguientes observóse en Alemania la agitación cada vez mayor de las pasiones nacionales. La predicción del Sr. de Beust se cumplía; la prensa echaba chispas y decía que el Luxemburgo era tierra germánica y que las tropas prusianas que ocupaban la plaza fuerte no se retirarían ante las intimaciones y amenazas de Francia; é igual emoción reinaba en el Parlamento. De una á otra cancillería comunicábanse rumores de esos que se propalan en vísperas de un alzamiento en armas, siendo lo más grave de lo que entonces se dijo lo que se atribuyó al Sr. de Bernstorff, ministro de Prusia en Londres, el cual, según parece, fué á encontrar al jefe del *Foreign-Office* y sin ambages ni rodeos le preguntó qué actitud observaría la Gran Bretaña en caso de una guerra entre Prusia y Francia.

Bismarck tenía autoridad bastante para calmar la opinión; pero ¿quería calmarla? En nuestro ministerio de Negocios extranjeros, la preocupación se trocó en ansiedad cuando en 30 y 31 de marzo se recibieron los despachos del Sr. Benedetti, el cual telegrafaba que al decir de Bismarck la opinión pública le arrollaba; que á las declamaciones de los periódicos se añadían las excitaciones de los militares; y que el primer ministro se

quejaba amargamente de la comunicación del rey de Holanda y parecía achacarnos las dificultades con que luchaba como si nosotros fuésemos responsables de ellas. En esta perplejidad, consultábase el parecer del Sr. de Goltz, quien de pronto se había vuelto muy sombrío, y juzgando que el asunto presentaba muy mal cariz, aconsejaba que sin tardanza se rompieran las negociaciones, pues sería, en verdad, sumamente ridículo pelear por una cosa tan insignificante como el Luxemburgo. Pero después de haber hablado de esta suerte, encerrábase en una reserva alarmante y su silencio ó sus declaraciones equívocas hacían aún más densa la obscuridad que se hubiera querido disipar á toda costa.

El gran estallido se produjo en el Reichstag. En la sesión de la mañana del 1.º de abril, el presidente distribuyó á los miembros de aquella asamblea una interpelación redactada por el antiguo jefe del *National-Verein*, Sr. de Bennigsen, y firmada por setenta diputados, cuyo texto se resumía en dos preguntas: ¿sabía el gobierno real prusiano si era fundado el rumor de la cesión del Luxemburgo? ¿Podía el gobierno real prusiano asegurar al Parlamento que defendería, sucediese lo que sucediese, el vínculo que unía el gran ducado á Alemania y que mantendría sobre todo el derecho de guarnición en la plaza fuerte?

El momento era decisivo y de los debates de la tarde podría salir una manifestación que precipitara á los dos países á la guerra. Cerca del mediodía, presentóse el Sr. Benedetti en casa de Bismarck, el cual en aquel instante salía para dirigirse á la asamblea; el embajador acompañó al ministro y ambos se dieron mutuas explicaciones mientras iban por la *Wilhelmstrasse*. «Van á interpellarme, dijo el presidente del consejo, sobre la cuestión del Luxemburgo, y yo declararé á la Cámara que se siguen negociaciones en La Haya. ¿Puedo ir más lejos, decir que el hecho se ha consumado y añadir que mis informes proceden del embajador de Francia? No he de ocultaros que si me autorizáis para hablar así, es de temer que se produzcan demostraciones muy graves, tanto que acaso no me sea posible contenerlas.» Nunca se había encontrado un diplomático en circunstancias tan difíciles como el Sr. Benedetti, cuya respuesta, según afirmase la existencia del tratado ó dejase subsistir todavía alguna duda, había de precipitar ó dejar en suspenso el conflicto. No ignoraba nuestro embajador que su gobierno había avanzado demasiado para retroceder, pues en realidad entre París y La Haya había habido esa reciprocidad de consentimientos que en los actos de la vida pública, como en los de la vida privada, constituye la esencia de los contratos, aunque no se habían puesto aún las firmas. Penetrado de su responsabilidad, el Sr. Benedetti, dando pruebas de prudencia y patriotismo grandes, procuró no echar leña al fuego de las pasiones prontas á estallar; y pesando cuidadosamente sus palabras, contestó que, en cuanto al Luxemburgo, había habido oferta y aceptación, pero que no se había firmado todavía ningún documento oficial. La respuesta era discreta: si Bismarck quería verdaderamente la paz, el diplomático le brindaba el medio de salvarla; y si por acaso deseaba la guerra, el embajador habría siquiera evitado proporcionar él mismo el argumento de que el hombre de Estado prusiano había de servirse contra Francia.

Después de esta conversación entró en el Reichstag el presidente del consejo. El discurso del Sr. de Bennigsen vino á ser el manifiesto del patriotismo germánico exagerado, en su forma más áspera y más injusta: el antiguo jefe del *National-Verein* se asombraba, se indignaba de la venta que había osado concertar un príncipe de raza alemana, dando al olvido los recuerdos de su dinastía, y hablando del Luxemburgo, decía: «Es un país alemán que en otro tiempo dió al imperio germánico una familia imperial y sus margraves á esta provincia en donde estamos reunidos. La fortaleza fué construída con el dinero de las indemnizaciones impuestas á Francia, y bien por el tratado de Viena, bien por vir-

en estas tendencias, había pedido, después de la destrucción de la antigua Dieta germánica, la evacuación de la fortaleza y deseado ó aparentado desear una existencia aparte de Alemania. «No queríamos agrupar, añadió el canceller, más que fuerzas homogéneas y unidas; por esto no insistimos en hacer ingresar á esa comarca, contra su voluntad, en la Confederación del Norte.» ¿En qué estado se hallaban las negociaciones para la cesión del Luxemburgo á Francia? Sobre este punto el ministro no dijo con toda intención más que generalidades: «El gobierno no tiene ningún motivo para creer que se ha concertado ya un arreglo, aunque naturalmente tampoco puede asegurar positivamente lo



Rodolfo de Bennigsen

tud de tratados particulares, Prusia ha adquirido el derecho precioso de tener en ella una guarnición... Pues bien, ese país es el que hoy va á ser sacrificado por una especie de tráfico.» El resto del discurso se redujo á lamentaciones sobre la suerte de una población esencialmente alemana, á declamaciones sobre la ambición francesa y á conjeturas muy sombrías sobre los propósitos del extranjero. Al final, el orador, con tanta habilidad como perfidia escudábase en las palabras del propio rey: ¿no había declarado el rey Guillermo en otro tiempo que con su consentimiento no se segregaría ni una sola aldea de la patria alemana?

El tono exagerado de aquella arenga convenía á los propósitos de Bismarck, el cual podía, á poca costa, echárselas de prudente; justo es decir, sin embargo, que aquel día empleó un lenguaje lleno de laudable moderación. Tan circunspecto como fogoso había sido el Sr. de Bennigsen, limitóse, según tenía anunciado, á un resumen de los hechos, y en tono tranquilo y con la imparcialidad de un ponente, expuso la situación del Luxemburgo: en el gran ducado, las clases ilustradas eran poco favorables á Prusia, y en cuanto á las populares, tenían las cargas que una defensa seria del país había de imponer; y el gobierno de aquél, inspirándose

contrario, como tampoco puede decir de un modo positivo si la cesión, no concertada todavía, está á punto de consumarse.» ¿Estaba Prusia resuelta á combatir toda anexión por parte de Francia y á mantener, sucediese lo que sucediese, su derecho de guarnición en la plaza fuerte? Respecto de esta segunda parte de la interpelación no quiso el presidente del consejo dar explicación alguna: «A esto, dijo, no puedo contestar con un sí ni con un no, pues si estas fórmulas absolutas pueden convenir á diputados que se colocan en el terreno nacional, en cambio no se adaptan á las costumbres de la diplomacia.» Finalmente, puso singular cuidado en proclamar que la política de Prusia era no herir, dentro de los límites de su propio honor, la delicadeza de la nación francesa, y su discurso terminó con esta impresión de calma.

Nadie replicó al primer ministro y la asamblea reanudó el orden de sus trabajos. ¿Se reproduciría al día siguiente la tempestad que aquel día había sido aplacada? La negociación, en vez de substraerse á una malhadada publicidad, se había convertido en el secreto de toda Europa. El emperador, por lo general tan circunspecto, estaba, según se afirma, exasperado: repasando en su mente todas las insinuaciones de Bismarck, no

se figuraba que le fuese disputada la modesta compensación del Luxemburgo y no estaba lejos de sospechar que Prusia le había tendido un lazo. No quería oír hablar de retiradas ni de concesiones, y aun á riesgo de provocar la guerra mostrábase resuelto á reivindicar el beneficio de un convenio virtualmente concluido; así es que en 2 de abril llegó al Luxemburgo, procedente de París, un funcionario del ministerio del Interior, encargado, según decía, de preparar la ejecución del tratado (1). Mientras el gobierno francés se internaba en un camino en el que el amor propio no permitía volverse atrás, continuaban rugiendo en Berlín las pasiones nacionales. Bismarck había demostrado en el Reichstag intenciones conciliadoras; pero al día siguiente, habiendo vuelto á verle el Sr. Benedetti, quejóse muy amargamente á éste de que sólo le hubiesen dado cuenta de vagas negociaciones seguidas en La Haya y de que jamás se le hubiese hablado de un verdadero tratado de cesión, añadiendo que, de haber estado más exactamente informado, habría pedido que no se terminase nada antes de la prórroga del Parlamento. «De todas nuestras gestiones habéis tenido conocimiento, replicó el Sr. Benedetti con alguna viveza; y jamás nos habéis manifestado el deseo de que se suspendieran; es más, todo nos inducía á creer que el gobierno de Berlín deseaba una solución rápida á fin de hallarse en presencia de un hecho consumado. Bismarck, algo impresionado por esta respuesta, reprodujo sus acostumbradas objeciones: que Francia se había apartado de su programa tolerando las indicaciones oficiales del rey de los Países Bajos al rey de Prusia, y que las comunicaciones prematuras recibidas de La Haya habían sido para él una cruel dificultad que le había privado de su libertad de acción. ¡Cuántos motivos de temor sugerían estas censuras, estas argucias, estos equívocos perpetuos! Según todas las probabilidades, el temido canciller (y su discurso de la víspera lo acreditaba) estaba resuelto á no provocar la guerra; pero, según todas las probabilidades también, aprovecharía la ocasión, si se presentaba, sin temor y acaso sin disgusto, dada la confianza que tenía en sus fuerzas y en su ejército.

Quien se volvió atrás fué el gobierno de La Haya. La pobre Holanda hallábase sorprendida, espantada al pensar en la gran contienda en la que iba mezclado su nombre. A todo esto, el conde de Perponcher, representante de Prusia, hizo una manifestación muy significativa al jefe del gabinete holandés, Sr. de Zuylen: díjole, en efecto, que el jefe del gabinete de Berlín no negaba, no quería negar que el rey de los Países Bajos pudiera, bajo su responsabilidad, disponer del gran ducado, pero llamaba la atención del príncipe sobre el estado de la opinión en Alemania y le recomendaba que reflexionara acerca de las graves dificultades que pudieran surgir. El consejo dado por la poderosa Prusia á la débil Holanda, aun siendo muy moderado en la forma, tenía cierto carácter imperioso que no permitía ninguna resistencia. El acuerdo sobre la cesión del Luxemburgo, si bien estaba concertado, no había revestido todavía hasta entonces la forma de un tratado. El jefe de la casa de Orange se percató de que el go-

(1) Véase Servais, *Le Grand-Duché du Luxembourg et le traité de Londres*, págs. 109-111.

bierno francés se había obligado á vencer todo obstáculo que desde Berlín pudiera oponerse; y como el obstáculo subsistía (¿quién podía negarlo?), faltaba una de las condiciones fundamentales del contrato. El argumento llegaba demasiado oportunamente para que en La Haya no lo utilizaran; así es que el príncipe, fundándose en el incumplimiento de esta cláusula, se negó á firmar el documento que ya estaba preparado.

Por virtud de la decisión del rey gran-duque se nos escapaba la conquista, la mezquina conquista; pero en medio de la extraña confusión de cosas, dada la excitación del amor propio de los interesados, ¿no sobreviviría el debate al objeto que le había dado origen? Un antiguo proverbio dice que *quien tiene tierra tiene guerra*: decididamente nosotros no tendríamos la tierra, es decir, el modesto rincón del Luxemburgo; en cambio, ¿no tendríamos la guerra con la poderosa Prusia?

Nuestra condición política en 1867 parecía mucho á la de esos generales que, habiendo fracasado en una concepción imprudente, no tienen más que una preocupación, la de disimular la retirada y quitarle toda apariencia de fuga. A pesar de instructivos engaños, nos habíamos obstinado en perseguir el sueño engañador de las compensaciones, y de abandono en abandono, de concesión en concesión habíamos acabado por concentrar todos nuestros deseos en el Luxemburgo; y sin embargo, hasta esa pobre conquista resultaba demasiado grande para nosotros, y en el momento en que íbamos á apoderarnos de ella nos era arrebatada en dos conceptos, por la arrogante Prusia y por la temerosa Holanda, siendo lo peor de todo que la burla se consumaba á la vista de Europa, la cual ya no ignoraba nada, ni las negociaciones ni el fracaso. ¡Qué descrédito para Napoleón si aceptaba en silencio la derrota! ¡Qué responsabilidad si se aventuraba en la guerra! En estas circunstancias toda la habilidad había de consistir en inventar una evolución que, sin comprometer la paz, nos librara del papel casi ridículo de solicitante desahuciado. En esto siquiera apareció algo de la antigua prudencia, y si la negociación había sido mal llevada, en cambio la retirada se realizó con la más meritoria sangre fría. Más que una retirada fué un hábil movimiento de conversión para colocar la cuestión del Luxemburgo en un terreno completamente nuevo; y esa conversión se ejecutó con tan prudente energía, con tan oportuna destreza, que desapareció toda huella demasiado visible de fracaso. Es más, relegada á una especie de segundo término la cuestión de engrandecimiento territorial, la impresión definitiva que el asunto causara á Europa y al mundo entero había de ser, en resumidas cuentas, no la de un sacrificio realizado por Francia, sino la de una concesión consentida por Prusia.

El principal mérito de esta evolución corresponde al ministro de Negocios extranjeros, Sr. de Moustier. Embajador hasta hacía poco en Constantinopla, poco conocido del emperador, á quien había sido designado por el Sr. Thouvenel moribundo, el Sr. de Moustier, que había entrado en el ministerio tres meses después de Sadowa, llevaba el peso de una situación que él no había contribuido á crear. Había encontrado en la orden del día el asunto del Luxemburgo y lo había continuado más bien que iniciado. El gran ducado se nos escapaba y era preciso encontrar una salida que no fue-

se una humillación ni la guerra, siendo aquel trance en extremo peligroso porque no teníamos ni una alianza segura ni fuerzas abrumadoras inmediatamente disponibles. De todas las dificultades, la mayor era penetrar las intenciones del temible personaje que gobernaba en Berlín.

¿Qué quería Bismarck? Perplejo hasta la ansiedad, el Sr. de Moustier interrogaba á sus agentes, y las respuestas de éstos más bien aumentaban que desvanecían sus dudas. «Bismarck no procede del todo con mala fe,» escribía nuestro ministro de Negocios extranjeros, como para tranquilizarse á sí mismo; pero esta lacónica afirmación no tenía nada de tranquilizadora. Mirando sólo las apariencias, veíase al hombre de Estado prusiano por una senda tortuosa á igual distancia de la completa doblez y de la franqueza completa, dispuesto á inclinarse á la guerra ó á la paz, según la intensidad de las pasiones públicas, la voluntad del rey ó el interés de su propio poder.

En medio de esta obscuridad, un paso en falso, una frase impremeditada, habrían bastado para provocar un estallido irreparable; pero el gobierno francés tuvo el talento de conservar hasta el final su sangre fría, de reprimir sus más legítimos agravios, de observar, en una palabra, las reglas de prudencia que tres años después habían de ser por desgracia tan completamente olvidadas.

Las pasiones germánicas se habían manifestado ruidosamente en el Reichstag; pues bien, si igual murmullo salía del Parlamento francés, el choque de los dos pueblos había de ser inevitable. Un reciente decreto autorizaba á los ministros á presentar personalmente, y no ya sólo por mediación del ministro de Estado, la explicación de sus actos; pero el Sr. de Moustier se guardó de abusar de la prerrogativa, y en vista de que la opinión pública en Francia también se conmovía, procuró quitar importancia á la cuestión cuando allende el Rin se dedicaban á aumentársela. Sólo una vez se presentó en el Palacio Borbón y en el palacio del Senado, y fué para formular una declaración intencionadamente incolora é intencionadamente concisa. Esta declaración había sido previamente sometida al consejo de ministros y la emperatriz la había encontrado muy seca y muy insuficiente, á pesar de lo cual el ministro la mantuvo con firmeza. El Sr. de Moustier leyó su corto discurso sin ninguna arrogancia, con la llaneza de un hidalgo que tiene á gala ignorar la elocuencia; y cuando con el mismo aire de tranquilidad hubo bajado de la tribuna, nadie habría creído que la paz del mundo corriese ningún peligro. La mayoría, bien inspirada en aquella ocasión, ayudó al gobierno y las demandas de interpelación fueron rechazadas por las secciones ó retiradas por sus autores.

Igual circunspección se guardó en las comunicaciones diplomáticas, pues si Bismarck buscaba un conflicto, lo más prudente había de ser eludir toda ocasión de contacto. Invitóse al Sr. Benedetti á que observara el movimiento de la opinión pública, pero guardando silencio é imponiéndose una especie de cuarentena voluntaria. La misma vigilancia que se ejercía en Berlín ejercióse en La Haya, y en 8 de abril el Sr. de Moustier telegrafiaba al Sr. Baudin: «Suplicamos al gobierno holandés que evite cuidadosamente todo aque-

llo que pudiese dar lugar á un incidente cualquiera.» En Alemania, los periódicos y los hombres de Estado perdíanse en consideraciones etnográficas para demostrar que el Luxemburgo era territorio alemán; el gabinete de las Tullerías se abstuvo de recoger esas desagradables jactancias y se limitó á dar á entender, con laconismo algo desdenoso, que sería fácil contradecir tales asertos si el hacerlo no pareciera inoportuno. Uno de los medios de conjurar la guerra era incluirla en el número de las hipótesis imposibles, y por esta razón nuestro ministro de Negocios extranjeros aparentó una confianza que contrastaba con sus alarmas reales: «Felizmente, decía, no existe cuestión alguna entre Francia y Prusia (1).»

Obrando de este modo, el Sr. de Moustier preparaba la salida por donde se libraría de la malhadada cuestión luxemburguesa. Dedicábase á negar toda idea de conquista; consideraba á Francia bastante poderosa para poder prescindir de engrandecimientos territoriales, y decía que si el gran ducado se hubiese unido voluntariamente á nosotros, habríamos acogido con gusto el deseo popular, pero que si la adquisición se nos escapaba, la cosa era de mínima importancia y en realidad no valía la pena de que por ella se originara una contienda. Añadía el ministro que indudablemente el rey de los Países Bajos quedaba ligado respecto de Francia, pero que ésta podía, sin grave perjuicio para ella, dejar el tratado en suspenso; y al llegar á este punto, operaba el Sr. de Moustier una conversión súbita y con gran habilidad planteaba la cuestión en otro terreno. En términos que sin dejar de ser modestos estaban impregnados ya de cierta altivez, proclamaba que Francia, poco interesada en extender sus fronteras, tenía, sin embargo, el deber de garantizar la seguridad de las mismas. Prusia, instalada en la plaza fuerte de Luxemburgo, había permanecido en ella simplemente como mandataria de la Dieta germánica; y como la antigua Confederación había sido disuelta, el título de ocupación había por este mismo hecho caducado. El Sr. de Moustier, con feliz oportunidad, apoyaba su tesis en la autoridad del mismo Bismarck: en efecto, en la sesión del Reichstag de 1.º de abril ¿no había éste declarado que con la desaparición de la antigua Dieta todos los miembros que la componían habían recobrado sin restricciones ni reservas la plenitud de su soberanía? Fortalecido por esta lógica y en lenguaje más resuelto, el ministro ponía de relieve la diferencia entre la antigua Confederación germánica organizada únicamente para la defensa, y Prusia tan robustecida por sus adquisiciones recientes; y luego dejaba entender, aunque en términos muy circunspectos, que la ciudadela de Luxemburgo en manos de Prusia sería una amenaza permanente para la frontera francesa y la frontera belga. Partiendo de esto, el Sr. de Moustier proponía ó, mejor dicho, insinuaba una solución que se resumía en un sacrificio mutuo: Francia renunciaría á adquirir el Luxemburgo; pero en cambio Prusia renunciaría á ocuparlo.

Tal era la línea de retirada que se preparaba la diplomacia francesa: con ella se disimulaba el contratiempo del Luxemburgo, casi adquirido y perdido después,

(1) *Documents diplomatiques*, 1867, *passim*.

y la cuestión de la anexión desaparecía ante la de la evacuación. Francia no se engrandecería, pero los vencedores de Sadowa tendrían que plegar de nuevo su bandera; y bien consideradas las cosas, la concesión más aparente procedería de Berlín, porque la impresión que produciría ver á las tropas prusianas salir de la plaza fuerte que ocupaban desde hacía cincuenta años, sería la de un triunfo de la política imperial. El único peligro era una negativa por parte de Prusia, pues en este caso estallaríala guerra sin que fuera posible conjurarla; pero la aspiración de Francia era tan modesta y estaba formulada con tanta moderación que parecía imposible que Europa no la hiciera suya. Las grandes potencias habían firmado los tratados de 1815 y el de 1839; á ellas, pues, tocaba hacerse oír.

Inglaterra se mostró desde un principio muy favorable á la política moderada y muy solícita á evitar todo rompimiento, y no vaciló en condenar por miserable toda disputa sobre el Luxemburgo y en aconsejar una pronta evacuación; y sobre todo, no dejó de hacer observar al gobierno de Berlín que si Prusia vencía en los campos de batalla, en el mar no podría competir con la marina francesa, la cual aniquilaría seguramente á la flota prusiana que entonces se hallaba en el período de formación. Rusia manifestó al pronto mayor indecisión, y si bien alabó la prudencia de Francia, negóse en un principio á toda iniciativa. Pero de todas las grandes potencias la que más celo demostró en favor de la paz fue el Austria.

Gobernaba entonces aquel país el Sr. de Beust, el ministro sajón que después de Sadowa había pasado al servicio de la monarquía imperial. Mostrábase este personaje propicio á Francia, primero por simpatía y luego por desvío hacia Bismarck, de quien se consideraba con cierta complacencia émulo y rival, y pensaba que trabajando por nuestra patria serviría al propio tiempo á su patria adoptiva. Austria, consagrada á reparar sus pérdidas y á mejorar su régimen interior, no aspiraba más que á vivir tranquila, y una guerra entre Napoleón y el rey Guillermo difícilmente le habría permitido permanecer neutral, aparte de que una derrota de las armas francesas habría significado para ella la destrucción de sus últimas esperanzas de rehabilitación en Alemania. Nuestro embajador, el Sr. de Gramont, había partido hacía poco para Francia; pero sus últimas conferencias no permitían dudar de que los buenos oficios del gabinete de Viena serían acogidos con gratitud en las Tullerías. Convenía, sin embargo, aprovechar el tiempo, porque desde París el Sr. de Metternich transmitía apreciaciones muy pesimistas, según las cuales crecía la alarma entre los íntimos de Napoleón, y por mucho cuidado que se pusiera en ocultar los motivos de inquietud, el público comenzaba ya á percibirlos. Desde Londres, el representante de la corte de Austria comunicaba las palabras provocadoras que se atribuían al ministro de Prusia, Sr. de Bernstorff. Y las correspondencias que de diversos puntos de Alemania se recibían y que describían la efervescencia general, acababan de demostrar la urgencia de una intervención. En vista de todo ello, apresuróse el Sr. de Beust á insinuar dos proyectos de arreglo que coincidían en un punto, puesto que ambos implicaban la evacuación de la plaza fuerte; sin embargo, por el primero el gran

ducado había de continuar bajo la dominación de la casa de Orange, al paso que por el segundo debía ser traspasado á Bélgica, viniendo ésta obligada á ceder á Francia Marienburgo y Philippeville, es decir, las pequeñas plazas que en 1815 habían sido segregadas de nuestro territorio (1).

La adhesión de la corte de las Tullerías no era dudosa, puesto que el Sr. de Beust no hacía más que reproducir nuestros propios pensamientos: «Estamos dispuestos, dijo el Sr. de Moustier, á renunciar al Luxemburgo mediante que Prusia renuncie al derecho de guarnición.» Consultado el ministro acerca de cuál de los dos proyectos le parecía mejor, no ocultó su preferencia por la segunda combinación, que implicaba una rectificación de fronteras: «Pero, añadió, Bélgica, Holanda é Inglaterra formularán quizás alguna objeción: ¿qué sucedería si estas resistencias fuesen alentadas ocultamente por Prusia?» El Sr. de Metternich, al salir de nuestro ministerio de Negocios extranjeros, visitó al emperador, á quien, gracias á la elevada consideración personal de que gozaba, podía ver á todas horas y con entera libertad. Los pequeños provechos que el Sr. de Moustier no se había atrevido á declinar del todo, parecieron á Napoleón beneficio despreciable; sólo en una cosa tenía empeño, en la evacuación, y en este punto, únicamente en este, mostrábase intransigente como lo es cualquiera cuando se trata de una cuestión de honor. Ni Marienburgo ni Philippeville valían la pena de motivar una discusión: «Es preciso, repitió en varias ocasiones, simplificar la cuestión, evitar todo lo que pudiera complicar el fastidioso é irritante debate.» Así habló el príncipe, ávido de sustraerse á sus propias ambiciones, aspirando sólo á la paz, y preocupado ante todo por la Exposición universal que se acababa de inaugurar oficialmente, pero cuyas fiestas habían sido suspendidas.

Cuanto más se afanaba Francia por terminar el incidente, tanto más equívocas y obscuras aparecían las disposiciones de Prusia, la cual en aquel entonces pensaba menos en aceptar la mediación de la corte de Viena que en absorber á ésta á pretexto de una alianza. Las gestiones del Sr. de Beust coincidieron con otra negociación bastante atrevida, que dirigió ó por lo menos inspiró Bismarck; si esta negociación se veía coronada por el éxito, el Austria, atraída en lo sucesivo á la órbita de Prusia, no había de ser para ésta más que un satélite algo mayor que los otros.

En distintas ocasiones, después de Sadowa, habíase esforzado Bismarck, unas veces en sus conversaciones privadas y otras en sus peroraciones públicas, en atraerse á los vencidos y envolverlos en sus redes. Ahora háblale parecido conveniente volverse atrás de sus primeros pasos y hacer pasar por Munich lo que quería insinuar en Viena; efectivamente, á primeros de abril el Sr. de Bray, representante de Baviera cerca de la corte de Austria, había formulado ciertos propósitos que, según decía, le habían sido sugeridos por su gobierno. En su concepto, los tratados de alianza firmados hacía poco entre los Estados del Sur y Prusia sólo ofrecían una solución incompleta, y en todo caso pro-

(1) Despacho del Sr. de Beust al Sr. de Metternich, de 8 de abril de 1867 (*Documents communiqués aux délégations des diètes de Vienne et de Peste, 1868*).

visional. ¡Cuán preferible sería crear bajo los auspicios de Austria una unión más estrecha entre los Estados meridionales y fundir luego las dos confederaciones en una sola para la común defensa de los intereses germánicos! Ante esta indicación, el Sr. de Beust habíase fingido sorprendido, asombrándose de que se quisiera llevar nuevamente al Austria al concierto de Alemania después de haberla excluido de él tan duramente; y luego se había informado con cierta ironía de las ventajas que compensarían las cargas de la nueva Confederación. Al hablar de este modo, habíase abstenido de más amplias reflexiones, había recomendado á sus agentes la mayor reserva y había esperado á que una proposición más directa le obligara á formular una respuesta más concreta.

No hubo de esperar mucho tiempo, pues al cabo de pocos días se presentó en Viena un nuevo mensajero, también bávaro, diplomático de circunstancias, no de carrera, el Sr. de Tauffkirchen. Todo el mundo suponía que el Sr. de Bray había hablado por cuenta de Prusia, y el lenguaje del Sr. de Tauffkirchen convirtió aquella presunción en certidumbre, puesto que el nuevo emisario no ocultó que había estado recientemente en Berlín; escudóse con la protección del Sr. de Werther y afirmó que era el intérprete fiel de Bismarck y del primer ministro bávaro, el príncipe de Hohenlohe. Las complicaciones de la cuestión del Luxemburgo, decía, obligaban á los príncipes alemanes á estrechar sus vínculos recíprocos; y si hemos de dar crédito á las confidencias que algún tiempo después hizo el señor de Beust al duque de Gramont, el diplomático improvisado añadió á aquella observación general todo género de recriminaciones contra Francia, achacándole la entera responsabilidad de la agitación europea: era preciso (tales fueron, según se afirma, sus propias palabras) *hacer entrar á Francia en razón*. El enviado bávaro (el enviado prusiano podría decirse) unía á sus ruegos algunas vagas amenazas: si Austria se negaba á reconciliarse con Prusia, ésta se vería obligada á dirigirse á Rusia, lo cual daría lugar á ciertos acuerdos y á ciertas inteligencias muy poco conformes con los deseos y con los intereses de la corte de Viena. Después de este preámbulo intentó el Sr. de Tauffkirchen determinar cuáles serían para la monarquía imperial las ventajas de aquel pacto de amistad: todas las posesiones alemanas del Austria le serían garantizadas á perpetuidad, é igual garantía, bien que sólo á título temporal, se le aseguraría para sus posesiones no alemanas; y en los órdenes político, industrial y comercial toda suerte de beneficios serían el precio de la alianza. «El tiempo apremia,» añadió el bávaro redoblando su insistencia; afirmó además que tenía plenos poderes, que los llevaba encima y que todo podría arreglarse en veinticuatro horas; y terminó diciendo que era portador de una carta autógrafa de Su Majestad bávara para el emperador Francisco José.

El Sr. de Beust había escuchado estas manifestaciones sin interrumpir al diplomático. Decíase de él que tenía tanta sagacidad como fuerza Bismarck; pero aun con menos perspicacia habría adivinado el lazo que con estas insinuaciones se le tendía. Su respuesta reveló alguna irritación y, sobre todo, mucha sátira: «Creéis, dijo al mensajero bávaro, que la alianza de Austria con

Prusia contribuirá á la conservación de la paz amena; pero habéis de saber que el Austria disfruta de una paz profunda que nada amenaza. El doble resultado del proyecto sería atraernos el odio de Francia y subordinar más que nunca la Alemania á Prusia. ¿Y qué se nos ofrece á cambio de nuestro sacrificio? La promesa de que no se nos inquietará en nuestras posesiones ó, por lo menos, de que no se nos inquietará demasiado pronto: convenid en que la garantía es muy mediocre. La coalición de Austria con Alemania, lejos de asegurar la paz, sería más bien pretexto para un conflicto, porque Francia, al ver que se apuntaba contra ella, haría un llamamiento á las pasiones populares, y téngase en



El conde de Benstorff

cuenta que aún puede prometer muchas cosas á Italia y á la revolución. En caso de una guerra desgraciada, ¿sería muy agradable para nosotros sucumbir con Prusia y tener que soportar la ley del vencedor en el Rhin, en los Alpes y en el mar Adriático? Y en caso de una victoria, ¿qué nos ofrecerían en Berlín más que un nuevo ejemplar del tratado de Praga?» Según el relato hecho posteriormente al Sr. de Gramont, el primer ministro austriaco no se contentó con esta réplica, sino que, aludiendo á los sucesos del año anterior, añadió: «Después de Sadowa, la mediación del emperador Napoleón garantizó al Austria su integridad territorial; ¿podríamos, pues, ahora, sin incurrir en flagrante ingratitud, aceptar esa garantía de Prusia como precio de una alianza contra Francia?» Es posible que el Sr. de Beust, deseoso de hacerse valer á los ojos de nuestro embajador, exagerara *a posteriori* la firmeza de su lenguaje; pero la respuesta, aun despojada de aquel último argumento, era bastante enérgica para descorazonar al Sr. de Tauffkirchen, el cual, sin solicitar más amplias aclaraciones, levantóse sumamente confuso, declaró terminada su misión y manifestó que renunciaba á entregar á Su Majestad imperial la carta autógrafa del rey de Baviera. «Si queréis ver al emperador, díjole el Sr. de Beust suavizándose, tendrá un verdadero placer en recibirnos